

## **FUNDACIÓN CÉSAR MANRIQUE**

### **ALFREDO DÍAZ GUTIÉRREZ**

#### **PREGÓN DE CANDELARIA 2025**

Buenas noches.

Para la Fundación César Manrique supone un gran honor y, al mismo tiempo, una profunda satisfacción haber recibido la invitación para pronunciar el pregón de las fiestas de Nuestra Señora de Candelaria, patrona general de las islas Canarias.

Compartir este momento con ustedes constituye, además, una oportunidad para acercarles el pensamiento y la obra de César Manrique, un legado de dimensión universal que mantiene hoy una extraordinaria vigencia.

Y hacerlo precisamente en Candelaria adquiere un significado especial. Estas fiestas representan una expresión profunda de la identidad canaria y son, al mismo tiempo, reflejo de ese sincretismo cultural en el que conviven tradición y modernidad, memoria y transformación, arraigo y apertura, hospitalidad y encuentro.

Desde esa perspectiva, la Fundación quiere contribuir esta noche a establecer un diálogo entre el pensamiento de César Manrique y un territorio que, como él defendió a lo largo de toda su vida, no puede entenderse únicamente como un espacio físico, sino también como un espacio cultural, emocional y colectivo.

#### **AGRADECIMIENTOS**

Quiero comenzar expresando nuestro agradecimiento a la señora alcaldesa, María Concepción Brito, y a toda la corporación municipal, por haber confiado en la Fundación César Manrique para pronunciar este pregón.

Nuestro agradecimiento también a Fray Juan Manuel Martínez Corral, prior de la Basílica de Candelaria, y a la comunidad de los Padres Dominicos, por su acogida y por hacer posible que este encuentro tenga lugar en un espacio tan cargado de significado para Canarias.

Y, por supuesto, gracias a todos ustedes por acompañarnos esta noche.

Permítanme ahora dos agradecimientos de carácter más personal.

El primero, a mi entrañable amiga, la profesora Estefanía Gonzales, cuya sabiduría, sensibilidad y profundo conocimiento del arte y de la cultura canaria han sido de enorme ayuda en la elaboración de este pregón.

Y el segundo, a mi madre, Candelaria Gutiérrez, que a sus 93 años continúa siendo para mí un ejemplo de ternura, fortaleza y compromiso.

#### **UNA CONFESIÓN**

Debo confesarles que, cuando se me planteó este reto, se mezclaron en mí dos sentimientos: el vértigo y la gratitud.

Vértigo por la responsabilidad que supone dirigirse a ustedes en una celebración de tanta relevancia para Canarias.

Y una inmensa gratitud por la oportunidad de compartir esta noche algunas reflexiones sobre Lanzarote y sobre César Manrique; dos realidades que, en mi experiencia personal, están profundamente unidas.

Porque hablar de César es, en buena medida, hablar de una determinada manera de mirar Lanzarote. Y hablar de Lanzarote es también acercarse a una de las fuentes esenciales de las que se nutrió su pensamiento, su sensibilidad y su compromiso.

#### UNA ADVERTENCIA

Como docente que soy, les pido disculpas de antemano si en algún momento se hace demasiado visible mi vocación didáctica y pedagógica.

En cualquier caso, intentaré que esa mirada sirva precisamente para lo contrario: para compartir con ustedes algunas ideas de una manera cercana, comprensible y, espero, amena.

Para ello me apoyaré en una presentación de diapositivas, una herramienta de comunicación que utilizo habitualmente en mi actividad docente y que esta noche nos permitirá acompañar las palabras con algunas imágenes.

#### CONSTRUCCIÓN

La primera vía que investigué surgió de la posibilidad de establecer un vínculo entre Candelaria de Tenerife y Candelaria de Lanzarote. Para ello, recurrí a las investigaciones del doctor José de León Hernández sobre aquella primitiva ermita de Candelaria que quedó sepultada por las erupciones de Timanfaya entre 1730 y 1736. El hallazgo me resultó sugerente, pero sentía que aquella aproximación no era suficiente; necesitaba ir un poco más allá. Y decidí seguir buscando.

Entonces me planteé otra posibilidad: ¿por qué no centrar el contenido de este pregón en los bienes de interés cultural que atesora la Basílica de Candelaria?

La propia imagen de la Virgen, obra del escultor Fernando Estévez, realizada entre 1827 y 1828, ofrecía ya un extraordinario campo de reflexión. También podía dirigir la mirada hacia los frescos del muralista gomero José Aguiar y, particularmente, hacia *El milagro de los panes y los peces*, de 1962, una obra que, debo reconocer, me conmovió profundamente.

Seguí buscando otras claves que me permitieran articular el discurso. Me acerqué entonces al conjunto escultórico de los nuevos Menceyes Guanches, las monumentales figuras de bronce realizadas por el escultor lagunero Pepe Abad, que permanecen allí, vigilantes, desde hace más de treinta años.

Todas estas posibilidades se agitaban en mi cabeza. Sin embargo, ninguna terminaba de satisfacerme plenamente.

Por último, un compañero de la Fundación me sugirió que construyera el pregón en torno a la más que evidente vinculación de César Manrique con la isla de Tenerife, donde siempre se sintió abrazado, respetado y aceptado, como él mismo reconocía al final de su vida.

Precisamente en 1990, en las páginas de *Diario de Las Palmas*, Manrique afirmaba:

«El pueblo de Lanzarote siempre me ha querido. También en el resto del Archipiélago... si me apuras, quizás la isla que más me ha querido ha sido Tenerife».

La propuesta era sugerente y permitía abrir un diálogo entre territorios, artistas y formas de entender el paisaje. Sin embargo, pese a todo lo abordado, continuaba insatisfecho. Sentía que todavía no había encontrado el argumento que buscaba para articular definitivamente el pregón.

Y fue entonces, cuando ya estaba a punto de desistir, cuando la luz de Candelaria comenzó a hacerse visible ante mis ojos.

Quizá influyó mi formación como geógrafo y, también, la memoria imborrable del profesor Eduardo Martínez de Pisón durante aquellos años universitarios en La Laguna. Sus enseñanzas, y especialmente sus recorridos por la geografía de Tenerife, me hicieron descubrir que el paisaje no es únicamente aquello que contemplamos, sino también aquello que aprendemos a mirar, a interpretar y a comprender.

Fue a partir de ahí cuando todo comenzó a adquirir un nuevo sentido.

Descubrí entonces la existencia, en esta Basílica de Candelaria, de dos monumentales obras del pintor paisajista tinerfeño Manuel Martín González (Guía de Isora, 1905–La Laguna, 1988), tituladas *Playas de Chimisay* y *Tierras de Tinguaro*.

Y allí estaba, finalmente, lo que llevaba buscando.

Estaba la mirada de un artista capaz de expresar un paisaje real, sin artificios ni idealizaciones; un paisaje en el que la aridez, la soledad, la piedra y la desnudez del territorio no constituían carencias, sino valores estéticos.

Y, de manera casi inevitable, aquella mirada me llevó hasta Lanzarote.

Me llevó al paisaje de mi isla natal y, con él, a la manera en que César Manrique me enseñó a mirar. Porque quizá una de las grandes aportaciones de Manrique consistió precisamente en mostrarnos que el paisaje no necesita ser transformado para resultar bello; necesita, antes que nada, ser comprendido.

Tengo que confesarles que aquellas pinturas me cautivaron, quizá porque, conceptualmente, me conducían de nuevo a los paisajes agrestes de mi Lanzarote natal, donde aprendí a reconocer la belleza de la mano de César Manrique.

Todo parecía comenzar, por fin, a tener sentido.

A propósito de Manuel Martín González, me gustaría recuperar la opinión que expresó en su momento el intelectual y crítico de arte de las vanguardias históricas canarias, Domingo Pérez Minik. Para él, la pintura paisajística de Martín González «no es inventada». Martín González pinta lo que hay.

Y esa afirmación encierra, a mi juicio, una enorme profundidad. Porque pintar «lo que hay» implica asumir el territorio en su propia condición, sin necesidad de embellecerlo artificialmente ni de ocultar aquello que, a primera vista, pudiera parecer inhóspito.

Pérez Minik señalaba, además, que no todos somos capaces de descubrir la belleza en «montañas peladas, piedras volcánicas o extrema aridez». Para él, la pintura de Martín González «cautiva a quien la mira».

Debo reconocer que conmigo sucedió.

Y es precisamente en esta capacidad de mirar donde encuentro un estrecho paralelismo con la concepción que César Manrique desarrolló sobre el paisaje de Lanzarote. Ambos artistas, desde lenguajes y contextos diferentes, parecen invitarnos a realizar una operación esencial: aprender a mirar aquello que tenemos delante y descubrir en ello un valor que quizá antes no éramos capaces de percibir.

Manrique lo expresó de una manera especialmente reveladora cuando afirmó:

«En mis lienzos, siempre me interesa la abstracción a partir de la recreación de la tierra que pisamos, su textura, su fuerza, su sombrío cromatismo, para luego perderme en el encuentro de la transformación de la vida integrada en la tierra, su descomposición y su muerte que cierra el ciclo, de nuevo, en la tierra».

La tierra que pisamos.

Su textura.

Su fuerza.

Su cromatismo.

La piedra.

La aridez.

El paisaje inhóspito.

Y, finalmente, la belleza.

Porque quizá ese sea, en realidad, el hilo conductor que estaba buscando para este pregón: la capacidad de descubrir belleza allí donde aparentemente solo existe aridez; la capacidad de mirar el territorio hasta comprender que su singularidad constituye, por sí misma, una forma de belleza.

Aridez extrema, piedras, paisaje inhóspito... Belleza

#### VER LA BELLEZA

César encontró el Lanzarote la fuente de buena parte de su ideario artístico, pero también el fundamento de su compromiso ético. Caminar por los ríos de lava petrificada, ascender a sus cráteres o adentrarse en sus tubos volcánicos significaba entrar en contacto con la esencia del territorio, con la verdad de un paisaje que, lejos de necesitar ser ocultado o transformado, contenía en sí mismo una extraordinaria potencia estética.

Y eso fue precisamente lo que el artista supo traducir en sus creaciones: el paisaje natural y, al mismo tiempo, la inteligente adaptación de sus habitantes a las condiciones extremas del territorio.

Desde la potencia telúrica de Timanfaya hasta el paisaje agrícola de La Geria, donde las vides crecen ubérrimas protegidas por hoyos excavados en la ceniza volcánica. Desde el viento implacable que azota la isla durante buena parte del año hasta las respuestas que sus habitantes desarrollaron para protegerse de él.

Todo ello fue observado, interpretado y, finalmente, reinterpretado por Manrique. Primero, en sus lienzos. Después, directamente sobre el paisaje.

En 1950, Manrique realizó una serie de murales para el primer establecimiento turístico de cierta relevancia con el que contaba Lanzarote: el Parador de Turismo de Arrecife.

De aquel conjunto mural quisiera detenerme especialmente en el que titula *El Viento*. Se trata de una obra de 1950 en la que, a mi juicio, el artista consigue poner en valor algo esencial: la singularidad paisajística de Lanzarote. Para mí supone un auténtico manifiesto en el que va a fundamentar toda su propuesta estética y paisajística.

Permítanme que le describa la escena. En ella aparecen tres personajes. Una campesina, tocada con la característica sombrera de Lanzarote, inclina la cabeza y se protege de un viento inmisericorde. Con una mano sujeta firmemente a una niña. Junto a ellas aparece un tercer personaje, un niño que se cubre los ojos con su brazo derecho. La actitud corporal de los tres protagonistas evidencia la violencia con la que sopla el viento.

Pero hay algo más. Los tres están descalzos y avanzan sobre un territorio quemado, calcinado, cubierto por la negra ceniza volcánica.

En el margen inferior izquierdo de la representación, y en primer plano, encontramos los restos de un árbol seco que parece retorcerse ante la aridez del territorio.

Al fondo se dibujan los perfiles redondeados de conos y cráteres volcánicos erosionados. Entre ellos, una esculpada palmera se inclina bajo el feroz azote del viento.

Completan la escena unas casas aisladas, sencillas, humildes, blancas, que destacan con intensidad sobre el fondo oscuro del paisaje. Incluso unas hojas de parra parecen ser arrastradas por el viento y completar esa atmósfera de permanente lucha entre el ser humano y las fuerzas de la naturaleza.

No olvidemos, además, algo a lo que volveré al final de mi intervención: los tres protagonistas se están agarrando del marco del cuadro en un aparente intento de salir de escena.

Sinteticemos; tierra seca, viento que parece soplar con violencia, paisaje quemado por los volcanes, aridez, pobreza, silencio y desolación.

César al igual que sucede con Martín Gonzales en los cuadros que atesora esta basílica, fue capaz de descubrir en ellos la belleza que radica en su singularidad estética.

Donde otros podían contemplar un paisaje aparentemente vacío, ellos supieron reconocer un territorio lleno de significado.

Creo profundamente que, en los conceptos esenciales de ese mural manriqueño de 1950, encontramos algunos de los elementos que alimentaron el imaginario de Manrique y que terminaron convirtiéndose en el germen de una propuesta que trascendió el lienzo para proyectarse sobre el conjunto de la isla, entendida esta como una gran obra de arte. Un lienzo metafórico en el que estaba, como él mismo decía, «su verdad».

Y fue precisamente sobre esa verdad —sobre la aceptación de la identidad paisajística de la isla y sobre la convicción de que sus valores naturales y culturales podían convertirse en una fuente de riqueza— donde, algo más de una década después, comenzó a materializarse una de las grandes transformaciones de Lanzarote.

Manrique contribuyó decisivamente a la construcción de un modelo de desarrollo turístico que pretendía apoyarse, precisamente, en aquello que hacía diferente a la isla: sus valores paisajísticos, la singularidad de su patrimonio natural y cultural y la extraordinaria capacidad de sus habitantes para adaptarse a un territorio marcado por la aridez, el viento y el volcanismo. Aquella mirada sobre el paisaje terminó adquiriendo una dimensión que iba mucho más allá del arte, demostrando que la partiendo de la belleza singular de un territorio, podía convertirse en una herramienta para transformar su futuro.

Que la aridez podía ser belleza. Que la piedra podía ser belleza. Que el volcán podía ser belleza. Manrique no quiso esconder Lanzarote. Quiso hacerla visible desde su verdad y nos enseñó a mirarla. Ese fue, quizá, el verdadero comienzo de todo lo que con el turismo tendría que llegar.

#### LA LLEGADA DEL TURISMO

El artista tenía la firme convicción de que la nueva actividad turística que comenzaba a abrirse paso en Lanzarote debía construirse desde la defensa de la singularidad paisajística de la isla, tanto en su dimensión natural como cultural.

El futuro, a su juicio, pasaba necesariamente por conservar sus valores patrimoniales y por proteger un territorio frágil, delicado y extraordinariamente limitado, evitando que pudiera ser fagocitado por un turismo descontrolado, como ya estaba ocurriendo en otros lugares del Estado.

Manrique comprendió muy pronto que el verdadero desafío no consistía en decidir si Lanzarote debía abrirse o no al turismo. La cuestión era otra: ¿Qué turismo quería para Lanzarote? Y, sobre todo: ¿Qué precio estaba dispuesta pagar la isla para desarrollarse turísticamente?

El artista entendía que era necesario convencer a las autoridades insulares y a la propia sociedad lanzaroteña de la necesidad de acometer una serie de actuaciones que, planteadas desde la estética y desde un respeto absoluto a la esencia del territorio, permitieran incorporar la modernidad sin renunciar a la identidad.

Se trataba, en definitiva, de sentar las bases de un modelo de desarrollo turístico diferente. Un modelo atrevido. Un modelo responsable que se distanciaba de las dinámicas desarrollistas imperantes. Un modelo que entendiera que el progreso no tenía por qué significar necesariamente la destrucción de aquello que hacía singular a cualquier territorio.

Así, en 1962, esboza una serie de directrices que podríamos definir como un programa de progreso bien entendido, en el que la educación estética, tanto de quienes tenían responsabilidades en la gestión de lo público como de la propia sociedad insular, debía desempeñar un papel determinante.

En este reto, que tiene mucho de didáctico y de educativo, Manrique plantea una idea que considero esencial y que se articula directamente con el hilo conductor de este pregón: antes de proceder a intervenir en el paisaje, es necesario, VERLO.

Descubrir su belleza natural, esa que habita en los espacios no intervenidos, así como poner en valor lo que sus habitantes habían construido durante generaciones en diálogo con las condiciones extremas del territorio.

Con este propósito, Manrique plantea la necesidad de alcanzar un gran acuerdo entre los diferentes agentes sociales para definir una nueva imagen de Lanzarote.

No se trataba de inventar una isla nueva. Se trataba de hacer visible la que ya existía. En definitiva, reconocer su identidad y ponerla en el justo valor que le corresponde para así convertir la singularidad en un principio de actuación.

Desde la década de los cincuenta, la presencia del artista en los medios de comunicación de las islas fue constante. En ellos insistía en la necesidad de reorientar el futuro económico de Lanzarote y advertía sobre los riesgos que podía comportar un desarrollo sometido exclusivamente a los intereses del capital privado.

Al mismo tiempo, defendía que una institución pública como el Cabildo debía asumir un papel protagonista en aquella profunda transformación. No se trataba de oponerse al desarrollo turístico. Se trataba de establecer sus límites. De ponerle inteligencia. De dotarlo de sentido.

Hay una máxima que recoge todo este ideario que el artista repetía hasta la saciedad;

“desarrollo turístico, sí; pero no a cualquier precio”.

A su juicio, había que trabajar desde la cultura y desde la educación. Pero también era necesario buscar la complicidad de quienes llegaban a la isla. Manrique no contemplaba al turista únicamente como consumidor de un producto, lo entendía como una oportunidad para hacerlo cómplice del cuidado de la isla junto a la población local que, en contacto directo con personas procedentes de otros lugares del planeta, generara una afortunada simbiosis, un enriquecimiento mutuo. Una suerte de sincretismo cultural que César Manrique defendió siempre y que formaba parte de su concepción abierta y moderna del mundo.

Y para que aquello fuera posible resultaba imprescindible que existiera también una voluntad política capaz de acompañar esa mirada.

César Manrique era consciente de la precaria situación socioeconómica de Lanzarote, así como del creciente interés de determinados agentes privados y de las autoridades locales por incorporar la isla a los circuitos turísticos emergentes. Esta transformación planteaba, sin embargo, el riesgo de adoptar un modelo de desarrollo de carácter marcadamente desarrollista que pudiera comprometer los valores paisajísticos, culturales e identitarios propios de la isla.

Ante esta situación, hizo visible los riesgos derivados de una transformación indiscriminada del territorio y subrayó la necesidad de adoptar medidas de intervención capaces de conciliar el desarrollo económico de la isla con la preservación de sus valores paisajísticos, culturales y territoriales. En este contexto, y en colaboración con el Cabildo Insular, el artista promovió la configuración de un modelo de desarrollo de carácter singular que trascendía la dimensión meramente estética de su propuesta para articular una estrategia de intervención integral sobre el territorio insular.

Desde esta perspectiva, uno de los principios fundamentales planteados por Manrique fue la puesta en valor de la arquitectura popular de Lanzarote, concebida no únicamente como una expresión del patrimonio cultural de la isla, sino también como un referente capaz de orientar y condicionar las nuevas intervenciones arquitectónicas. Este planteamiento implicaba la necesidad de establecer una relación de continuidad entre las formas constructivas tradicionales y las nuevas actuaciones, evitando la introducción de modelos arquitectónicos ajenos a las características específicas del territorio.

En consonancia con estos principios, Manrique defendió una intervención respetuosa con aquellos espacios de especial relevancia paisajística y ambiental, entre los que destacan el Macizo de Famara-Guatifay, las Montañas del Fuego, El Golfo y Los Hervideros. La actuación sobre estos enclaves debía responder a criterios de integración paisajística y de mínima alteración del medio, mediante la creación de instalaciones que, al tiempo que incorporasen las condiciones de confort, funcionalidad y accesibilidad propias de la modernidad, establecieran una relación armónica con el entorno natural. Su propuesta planteaba una concepción del desarrollo turístico y territorial basada en la compatibilidad entre modernización, aprovechamiento económico y conservación de las singularidades paisajísticas y culturales de Lanzarote.

Esta concepción se materializó en un amplio conjunto de actuaciones sobre el territorio, entre ellas la creación de miradores y espacios públicos, la intervención en el litoral, la recuperación de áreas degradadas, la reutilización de espacios vinculados al patrimonio y la incorporación de nuevas arquitecturas. En conjunto, estas intervenciones respondían a una estrategia común orientada a integrar arquitectura, paisaje, patrimonio y actividad turística, con el objetivo de preservar la identidad territorial de Lanzarote y, al mismo tiempo, favorecer su desarrollo económico.

La colaboración institucional resultó determinante para la materialización de este modelo. En este sentido, la figura de José Ramírez Cerdá, presidente del Cabildo de Lanzarote entre 1960 y 1974, adquiere especial relevancia. La confluencia entre la visión de Manrique y la voluntad política de Ramírez Cerdá permitió trasladar estas ideas al territorio y convertirlas en actuaciones concretas.

Con los proyectos de Jameos del Agua y la Cueva de los Verdes se inicia una nueva etapa en la intervención arquitectónica y paisajística de Manrique en Lanzarote. En ellos confluyen distintas disciplinas —arquitectura, pintura, escultura, paisajismo y diseño—, configurando una concepción integral de la creación artística que el propio Manrique definió como «arte total». Esta propuesta perseguía intervenir sobre el territorio sin comprometer su singularidad, alejándose de los procesos de estandarización asociados al desarrollo turístico convencional.

Manrique comprendió que el principal valor turístico de Lanzarote residía precisamente en aquello que la diferenciaba de otros destinos: su paisaje, su arquitectura tradicional, su cultura agrícola y, en definitiva, una particular forma de habitar un territorio marcado por su origen volcánico. Desde esta perspectiva, su actuación puede entenderse como un proceso progresivo en el que la mirada sobre el territorio dio paso a una toma de conciencia sobre sus valores, a su protección y, finalmente, a una transformación orientada a preservar su identidad.

#### FINAL DE LA UTOPIA

Desde finales de la primera mitad de los años sesenta y hasta bien entrada la década de los ochenta, podemos afirmar que Lanzarote experimentó un proceso de desarrollo turístico que, durante buena parte de ese periodo, mantuvo un grado significativo de control sobre la transformación territorial. Sin duda aquello fue como una especie de “milagro revolucionario” que no consistió solo en traer turistas a Lanzarote sino en hacer que el mundo viniera a Lanzarote sin obligar a Lanzarote a dejar de ser ella misma. Esa fue, quizá, la verdadera modernidad de César Manrique.

Después de dos décadas en las que la utopía de aquel artista parecía estar haciéndose realidad, todo comenzó a entrar en un peligroso proceso de crecimiento desmesurado, como reflejaban ya buena parte de los indicadores socioeconómicos, el desarrollo comenzaba a desbordarse. Aquello que Manrique había imaginado como una oportunidad para transformar el destino de Lanzarote empezaba a convertirse, paradójicamente, en una amenaza para aquello mismo que había querido preservar.

Definitivamente, el crecimiento se estaba comiendo la singularidad de la isla y ya sólo parecía que dar una especie de “resistencia estética” que seguía siendo generosa para los que visitaban la isla por primera vez. César Manrique entra en cólera y sus denuncias contra la especulación del suelo, el progresivo deterioro del territorio y la pérdida irremediable de parte del patrimonio de la isla se hicieron cada vez más constantes y contundentes.

Pero Manrique no se limitó a denunciar, también realizó propuestas que analizadas con la perspectiva que nos permite el paso del tiempo, se muestran como absolutamente acertadas.

Su pensamiento fue evolucionando hacia la necesidad de transformar profundamente la relación entre el ser humano, la naturaleza y el arte. Una relación que, a su juicio, debía fundamentarse en la convivencia respetuosa con el medio y en el reconocimiento de que el territorio no es una mercancía cualquiera, sino el soporte de nuestra propia existencia y de nuestra identidad colectiva.

En uno de sus escritos, Manrique expresaba con una enorme contundencia su desesperación ante lo que estaba sucediendo:

«Nosotros, los nacidos en tu tierra, los que sabemos de tu magia, de tu sabiduría, de tu importante vulcanología, de tu revolucionaria estética; los que hemos luchado por salvarte de tu sometido olvido histórico y de la pobreza que siempre tuviste, hoy empezamos a temblar de miedo al observar cómo te destruyen y masifican...»

Y continuaba denunciando la impotencia de quienes alzaban su voz frente a «la avaricia histórica de los especuladores» y la falta de decisión de unas autoridades que permitían, e incluso estimulaban, la destrucción irreversible de una isla que podía llegar a ser, en sus palabras, «una de las de mayor prestigio y belleza del planeta».

Son palabras duras, pero también lo son profundamente comprometidas.

Porque detrás de la denuncia de Manrique no encontramos únicamente la preocupación de un artista por la estética del paisaje, encontramos algo mucho más profundo: la defensa de una forma de entender la vida.

De esta manera, Manrique se convierte en uno de los opositores más críticos al desarrollo desmesurado y orienta buena parte de sus esfuerzos hacia la consecución de instrumentos legales capaces de planificar, ordenar y proteger el territorio.

La utopía comenzaba a mostrar sus grietas a la vez que evidencia una triste paradoja: el mismo paisaje que había permitido construir un nuevo modelo turístico responsable, podía terminar amenazado por el éxito del mismo.

La belleza que había sido descubierta como recurso podía convertirse en víctima de su propia explotación.

Cierto es que, desde entonces, se han producido diferentes reacciones encaminadas a minimizar los impactos ambientales de este desarrollismo. Se ha proclamado, con insistencia, la necesidad de alcanzar el llamado *desarrollo sostenible*, un concepto que, de tanto utilizarlo y, en ocasiones, de tanto vaciarlo de contenido, corre el riesgo de quedar descafeinado.

Incluso instituciones como aquella a la que hoy represento han planteado la necesidad urgente de abordar escenarios de decrecimiento.

Son propuestas que, en cualquier caso, deben ser escuchadas y tomadas en consideración en el ámbito político por nuestros representantes públicos.

Porque no basta con proclamar grandes principios. No basta con invocar una y otra vez los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030.

La magnitud de los desafíos a los que se enfrenta Lanzarote, Canarias y el conjunto del planeta exige tomar decisiones valientes capaces de anteponer el interés colectivo y el futuro del territorio a la rentabilidad inmediata.

El 27 de febrero de 1971, en el periódico *La Provincia*, Manrique expresaba con extraordinaria dureza su desesperación ante la destrucción del paisaje:

«Me desespero al comprobar cómo se empeña el hombre en destruir la belleza que nos rodea, en prostituir el paisaje y el pueblo con un imperdonable mal gusto, peor que la destrucción». Y añadía, refiriéndose a Gran Canaria y Tenerife: «Si no se reacciona a tiempo... las Islas se convertirán en ejemplo de fealdad y anti-esteticismo».

Han transcurrido décadas desde aquellas palabras. Pero siguen interpelándonos en nuestro tiempo quizá porque, aquel pronunciamiento no solo pone de manifiesto la extraordinaria sensibilidad estética de César Manrique, sino porque revela también su conciencia territorial, su compromiso con la protección del patrimonio y, sobre todo, su capacidad para comprender que la destrucción del paisaje implica mucho más que la pérdida de una determinada imagen. Porque, como decía anteriormente aquellas palabras continúan interpelándonos y nos obligan a preguntarnos qué estamos haciendo con el legado natural y cultural que hemos recibido.

Por eso, frente a la vorágine transformadora que amenaza con desdibujar la singularidad de nuestras islas, necesitamos recuperar aquella secuencia esencial: mirar, ver, reconocer, reaccionar y actuar. Ver para comprender. Reconocer para valorar. Reaccionar para defender. Y actuar para evitar que sea demasiado tarde. No podemos seguir procrastinando.

Necesitamos que Canarias no pierda nunca aquello que ha sido una de sus grandes señas de identidad: un espacio singular de encuentro y de sincretismo cultural, abierto y hospitalario, situado en medio de un océano que, lejos de separarnos, nos conecta con los pueblos del planeta.

Estas islas y sus gentes tienen aún mucho que ofrecer. Pero, para poder ofrecer todo eso, primero tenemos que ser capaces de conservar lo que nos hace diferente, únicos e irrepetibles. Y, en esta urgente lucha contra la ceguera, contra la banalización del territorio y contra la ambición desmedida, debemos estar todos aquellos ciudadanos que seguimos creyendo que otra Canarias es posible. Una Canarias más justa y respetuosa con su territorio. Una Canarias capaz de crecer sin destruirse. Una Canarias capaz de abrirse al mundo sin perder su singularidad.

César Manrique nos dejó una frase que, después de todo lo que hemos recorrido, adquiere hoy una extraordinaria vigencia:

«Todo se puede corregir. Depende del entusiasmo de tener una verdad entre las manos y una valiente y honrada decisión. El único inconveniente, y eso lo sabe todo el mundo, es cuestión de compra y venta».

Permítame que, para concluir, vuelva al comienzo y vuelvo ahora al principio. Volver a aquella búsqueda que me llevó hasta Candelaria.

Volver sus *Playas de Chimisay* y a sus *Tierras de Tinguaro* tan fielmente representadas por el pintor Martín González. Volver a esos paisajes desnudos de piedra, aridez y silencio en los que un artista fue capaz de encontrar belleza. Y, volver a Lanzarote a César y a aquella mujer y sus niños que, descalzos, luchaban contra el viento en el mural del antiguo Parador de Arrecife. Quizá, después de todo, ese haya sido el verdadero viaje de este pregón donde descubrimos el valor de la singularidad donde aflora la verdadera belleza de las cosas

Por eso hoy, desde Candelaria, como hizo César Manrique, quiero reivindicar esa mirada. Una mirada capaz de reconocer la belleza de la piedra, de la aridez. La belleza del volcán o la belleza del viento. En definitiva, la belleza de un paisaje que no necesita parecerse a ningún otro para ser extraordinario.

Quizá porque, la belleza no siempre se encuentra donde resulta fácil encontrarla. Y quizá por eso estamos hoy aquí, en Candelaria, bajo la protección de nuestra Patrona para pedirle que nos enseñe a ver la belleza, esa que siempre nos hace mejores personas. Que su luz nos ilumine y nos dé la lucidez, para desterrar tanta ceguera e ignorancia.

Felices fiestas de Candelaria.

NOTA FINAL:

En este pregón, hemos tratado de construir una reflexión sobre la mirada, la identidad, la belleza y la responsabilidad que tenemos sobre el territorio, en dialogo entre Martín González y César Manrique, mediante sus miradas al paisaje de Tenerife y Lanzarote.

Alfredo Díaz Gutiérrez

FUNDACIÓN CÉSAR MANRIQUE